

**Discurso de Romano Prodi**  
**Presidente de la Comisión Europea**  
**Sesión inaugural de la Convención Sobre el futuro de Europa**  
**Parlamento Europeo**  
**Bruselas, 28 de febrero de 2002**

Señor Presidente de la Convención,

Distinguidos miembros de la Convención,

Señor Presidente del Parlamento Europeo,

Señor Presidente del Consejo,

Hay momentos en la Historia en que los pueblos deben afirmar y definir las razones que les impelen a querer compartir un destino común.

Para los pueblos de nuestra Europa, ha llegado este momento.

Vosotros, representantes de los Estados, de las instituciones y de los pueblos de Europa estáis hoy aquí reunidos en esta Convención, porque la integración ha sido un éxito que ha superado todas las expectativas.

Estáis hoy aquí reunidos porque todo un continente se plantea la cuestión de su futuro.

A vosotros os corresponde aportar las respuestas, unas respuestas a la altura del envite.

La cuestión central a la que deberéis responder no es de carácter técnico.

Su alcance supera con creces el de simples mecanismos, el de una arquitectura o el de las normas institucionales.

Porque Europa es mucho más que todo eso.

Hace cincuenta años, un puñado de pioneros visionarios, lúcidos y valientes abrieron una nueva vía.

Aquellos hombres optaron por la reconciliación contra la guerra, por la paz mediante el entrelazado económico antes que por la mutua destrucción y por el derecho en lugar de la ley del más fuerte. Pusieron así los cimientos para la construcción de una comunidad de pueblos y de Estados.

Se crearon, y con el tiempo se consolidaron, las primeras instituciones supranacionales.

Con los Estados miembros reunidos en el Consejo cooperan la Comisión, garante del interés general europeo, un Parlamento elegido por sufragio universal que representa al pueblo europeo y un Tribunal de Justicia que vela por que prevalezca el derecho.

Esta cooperación ha generado una nueva identidad europea.

Ha impulsado intercambios de una magnitud nunca alcanzada antes. Ha permitido y generado estabilidad y desarrollo. Y, por último, ha dado lugar al nacimiento del euro, que los europeos han acogido con un entusiasmo ampliamente compartido.

Hace trece años, los pueblos de la Europa central y oriental, hasta entonces injustamente privados de libertad, retomaron las riendas de su destino y optaron por la democracia.

Hoy en día, estos pueblos cuyos representantes aquí presentes saludo con emoción y amistad piden unirse a nosotros.

Debemos responder clara y positivamente a su petición, mediante la renovación y la ampliación del pacto político europeo.

Las imperfecciones de la integración comunitaria que existen y habrá que corregir son poca cosa frente a lo que hemos construido ya y lo que podemos y debemos construir todavía.

Lograr con éxito la Unión Europea ampliada, lograr con éxito la gran Europa es posible.

Tenemos capacidad suficiente para ello.

Pero, ¿cuál ha de ser el proyecto para el futuro de Europa?

Creo que eso significa enfrentarse a estos cuatro retos.

Ante todo, en tanto que europeos, debemos asumir nuestra responsabilidad a escala mundial, al servicio de la paz y del desarrollo.

Lo que está en juego es el futuro del mundo, la vida de millones de seres humanos reducidos a unas condiciones de indecible pobreza, o el destino de los inocentes que pagan el precio desorbitado de unas guerras insensatas.

Y ninguno de nuestros Estados puede llegar a tanto actuando solo.

Como Europeos debemos defender un modelo de sociedad equilibrada que sepa conciliar la prosperidad económica y la solidaridad.

Nuestro bienestar y nuestra forma de vida dependen en gran medida del equilibrio entre el crecimiento, la justicia social y la protección del medio ambiente.

Y nuestra capacidad para generar crecimiento y empleo se basa en la moneda única y en el mercado único que, a su vez, se basan en un sistema de normas comunes.

Como europeos debemos, además, garantizar la libertad a la par que respetamos plenamente los principios de la seguridad.

Nuestra historia y nuestra cultura nos imponen no disociar seguridad, justicia y libertad.

Frente al terrorismo y al crimen sin fronteras, frente a los grandes fenómenos migratorios, la respuesta no puede darse más que a escala europea.

En fin, nosotros, los europeos, debemos invertir en el futuro para hacer de Europa un polo de influencia intelectual, científica y de innovación.

Porque en el ámbito de la inteligencia Europa no puede permitirse quedarse atrás.

Porque, también en este ámbito, sólo la opción europea nos permitirá seguir siendo competitivos.

Una vez definido el proyecto de la Europa futura, entonces, y sólo entonces, distinguidos miembros de la Convención, habrá llegado el momento de enfrentarse a los problemas propiamente institucionales.

Permitid que exprese, sobre este punto, unas breves reflexiones.

Tenemos que dotarnos con una Constitución que señale el nacimiento de la Europa política.

No obstante, no debemos perder de vista la originalidad de la integración europea.

La originalidad reside en el hecho de que la Unión Europea es una unión de pueblos y de Estados. Nuestra verdadera ambición no es construir un superestado. ¿Qué sentido tendría eso en el momento en que los modelos estatales clásicos son cada vez menos adecuados para dirigir la globalización? La verdadera ambición, hecha de realismo y de visión de futuro, consiste en desarrollar esta construcción original hacia una democracia supranacional cada vez más avanzada.

Una democracia europea basada en los pueblos y en los Estados de Europa.

Ésa es la razón de que debemos adaptar a esta construcción original europea los grandes principios de nuestras tradiciones democráticas nacionales, es decir:

- la separación de poderes;
- el voto por mayoría;
- el debate público y la votación de todas las leyes por los representantes del pueblo;
- la aprobación de los impuestos por el Parlamento.

Hay que revisar el sistema de toma de decisiones de la Unión.

Necesitamos procedimientos de toma de decisiones y de ejecución nuevos y más sencillos y transparentes.

Misiones y competencias que hoy corresponden a la Unión, pueden y deben reconsiderarse y devolverse a los Estados miembros. La Comisión no se inhibirá de sus responsabilidades y está dispuesta a participar en este esfuerzo colectivo y a evolucionar en función de las nuevas necesidades de Europa.

Está dispuesta a redefinir sus cometidos e incluso, si es conveniente para el bien común, a ceder parte de sus competencias para asumir nuevas responsabilidades en los ámbitos donde está en juego el futuro de Europa.

La Comisión es la guardiana de los Tratados.

Es decir que vela por que Europa permanezca fiel a sí misma. No significa conservar a toda costa lo que los tiempos exigen cambiar.

Debemos trabajar para conseguir una verdadera reforma de la Unión, pero reconociendo y respetando las grandes tradiciones culturales y espirituales que son el alma de Europa.

Una reforma que sea al mismo tiempo profunda y fiel a los grandes principios que son la base de nuestros logros.

Debemos seguir tendiendo hacia «una Unión cada vez más estrecha entre los pueblos de Europa» porque la juventud europea no se reconocería en un proyecto restrictivo y falto de aliento;

Debemos valorar y reconocer las grandes tradiciones culturales y espirituales de Europa;  
Debemos compartir la soberanía para poder ejercerla de un modo real (lo mismo que hemos hecho con la moneda);

Debemos reconocer la necesidad de unas instituciones responsables del interés común;

Debemos garantizar la igualdad de trato de todos los Estados.

Distinguidos miembros de la Convención,

Europa no es una alianza. Es la casa común de los ciudadanos europeos. Es el nuevo protagonista del siglo que está empezando.

Por esto no puede edificarse sobre la ley de unos pocos porque sean más grandes, más fuertes o miembros más antiguos del club europeo. La Unión Europea es una «unión de minorías» en la que ningún Estado debe dominar a los demás.

Ni puede contentarse con una vaga coordinación incapaz de resistir a tensiones violentas.

Hace cincuenta años, Jean Monnet creó la Alta Autoridad del Carbón y del Acero convencido de que una institución encargada del interés superior debe velar por que cada cual respete de modo permanente los compromisos contraídos.

Vosotros, distinguidos miembros de la Convención, deberéis promover unas instituciones sólidas con esta misma convicción.

La Unión Europea no es ni debe ser una nueva «Sociedad de las Naciones», que los egoísmos y el derecho de veto reduzcan a la impotencia.

La Unión Europea propone un modelo armonioso de democracia supranacional.

Constituye el único intento concreto de construir una globalización democrática, capaz de proponer derecho y desarrollo.

Por este motivo es capaz de desempeñar un papel muy especial en el mundo de hoy y en el de mañana.

Estoy convencido de que sabréis dotar a nuestro continente con las instituciones que exigen sus peculiaridades, unas instituciones a la altura de su pasado y la altura de los retos del mundo del futuro.

---